

MARTIN HEIDEGGER

El hombre habla. Hablamos en la vigilia y en el sueño. Hablamos siempre; inclusive cuando no pronunciamos ninguna palabra y únicamente escuchamos o leemos; inclusive cuando ni escuchamos verdaderamente ni leemos sino cuando nos dedicamos a algún trabajo o nos entregamos al descanso. De alguna manera hablamos siempre. Hablamos porque el habla nos es natural. No surge recién de un querer especial. Se dice que el hombre posee el habla por naturaleza. La doctrina tradicional afirma que el hombre, a diferencia de las plantas y los animales, es el ser vivo capaz de habla. Esta afirmación no significa solamente que el hombre, junto a otras capacidades, posee la de hablar. La afirmación quiere decir que es sólo la palabra la que posibilita al hombre ser el existente que es como hombre. En tanto hablante el hombre es hombre. Wilhelm von Humboldt ha dicho eso. Queda sin embargo por meditar lo que esto significa: el hombre.

En todo caso pertenece el habla a la vecindad más próxima del ser del hombre. El habla se encuentra en todas partes. De allí que no sea sorprendente que el hombre, en cuanto pensando mira alrededor suyo, hacia lo que es, de inmediato encuentre el habla para determinarla de manera decisiva de acuerdo a lo que se muestra de ella. La reflexión busca hacerse de una representación de lo que es el habla en general. Lo general, lo que vale para toda cosa, se denomina la esencia. Lo que vale universalmente en el representar general es, según el juicio dominante, la característica fundamental del pensar. Tratar del habla pensando significa en consecuencia: dar una representación de la esencia del lenguaje y ésta delimitarla adecuadamente de otras representaciones. Algo semejante parece buscar también esta conferencia. Sin embargo, el título de ella no es: sobre la esencia del habla. Es solamente: el habla. Decimos "solamente" y a pesar de ello le ponemos

a nuestra empresa un título manifiestamente más presuntuoso, como si nos conformáramos con aclarar algunas cosas sobre el habla. Sin embargo, hablar sobre el habla es tal vez inclusive peor que escribir sobre el silencio. No queremos asaltar el habla para encerrarla en representaciones previamente establecidas. No queremos reducir la esencia del habla a un concepto de manera a que éste proporcione una visión universalmente utilizable que tranquilice todo representar.

Aclarar el habla significa llevar, no tanto a ella, sino a nosotros al lugar de su esencia: reunión en la apropiación.⁽¹⁾

Quisiéramos reflexionar sobre el habla y sólo sobre ella. El habla misma es: el habla y nada fuera de ella. El habla misma es el habla. El entendimiento, que ha aprendido de la lógica, que todo lo calcula y que es en consecuencia frecuentemente altanero, llama a esa frase una tautología que no dice nada. Decir simplemente dos veces lo mismo: habla es habla ¿cómo se progresó con eso? No queremos, sin embargo, progresar. Quisiéramos solamente llegar una vez allí a donde ya residimos.

Por eso meditamos: ¿qué sucede con el habla misma? Por eso preguntamos: ¿cómo llega a la presencia el habla en tanto habla? Contestamos: *el habla habla* ¿Es ésta seriamente una respuesta? Presumiblemente sí, cuando viene a la luz lo que significa hablar.

Meditar sobre el habla exige en consecuencia que entremos al hablar del habla para instalarnos en la morada del habla, es decir, en su hablar, no en el nuestro. Sólo así llegaremos al ámbito dentro del cual sucederá o no sucederá que desde él el habla nos dirija su llegar a la presencia⁽²⁾. Dejamos el hablar al habla. No desearemos ni fundamentar el habla desde algo que no sea ella misma ni desearemos aclarar otra cosa a través del habla.

El 10 de agosto de 1784 escribe Hamann a Herder (Hamanns Schriften, Ed. Roth VII, p. 151 y sig.):

“Así fuera yo tan elocuente como Demóstenes, no podría sino repetir tres veces una sola palabra: razón es habla, lógos. Río este hueso con tuétano y me moriré royéndolo. Siempre ha sido y sigue siendo para mí oscura esta profundidad; espero todavía a un ángel apocalíptico con una llave para este abismo”.

Para Hamann consiste ese abismo en que la razón es habla. Hamann retorna al habla en su intento por decir, lo que sea la razón. La mirada sobre ella cae en la profundidad de un abismo. ¿Consiste ese abismo sólo en que la razón reposa en el habla o el habla misma es el abismo? Hablamos de abismo allí donde desaparece el fundamento y nos falta un fundamento, en la medida en que buscamos el fundamento y nuestro objetivo es llegar a un fundamento. Pero ahora no preguntamos por lo que sea la razón sino

reflexionamos sobre el habla y tomamos como señal conductora la extraña frase: habla es habla. La frase no nos lleva a algo distinto en donde se fundamentaría el habla. No dice tampoco nada sobre si el habla misma sea un fundamento para otra cosa. La frase: habla es habla nos deja suspendidos sobre un abismo mientras nos mantenemos en lo que ella dice.

El habla es: habla. El habla habla. Si nos dejamos caer en el abismo que nombra esa frase, no nos precipitamos al vacío. Caemos en lo alto cuya altura abre una profundidad. Altura y profundidad, las dos recorren un paraje en el cual quisiéramos sentirnos en casa y encontrar la residencia para la esencia del hombre.

Reflexionar sobre el habla significa: llegar de tal manera al hablar del habla que él acontezca⁽³⁾ como lo que otorga la residencia a la esencia de los mortales.

¿Qué significa hablar? La opinión corriente establece: hablar es la acción de los órganos de la voz y del oído. Hablar es la expresión sonora y la comunicación de los sentimientos humanos. Estos son dirigidos por pensamientos. En tal caracterización del habla hay tres puntos que se dan por presupuestos:

En primer lugar y sobre todo es el habla un expresar. La representación del habla como una exteriorización es la más frecuente. Ella presupone la existencia de algo interior que se exterioriza. Si se considera el habla como exteriorización se la representa exteriormente y esto justamente cuando se explica la exteriorización retrocediendo a un interior.

Por otro lado se considera el habla como una actividad del hombre. De acuerdo a eso debiéramos decir: el hombre habla y en cada caso habla una lengua. De allí que no podríamos decir: el habla habla pues eso significaría: es el habla la que primeramente realiza y evidencia al hombre. Así pensado sería el hombre un compromiso del habla.

Finalmente es la actividad expresiva del hombre una continua presentación y representación de lo real y de lo irreal.

Se sabe desde hace tiempo que las características recién enumeradas no son suficientes para delimitar la esencia del habla. Pero cuando ésta, sin embargo, se establece en términos de expresión, se le da así una determinación más amplia pues se considera el expresar como una de las actividades adicionales en la economía total de los logros mediante los cuales el hombre se hace a sí mismo.

Frente a la caracterización del habla solamente como una actividad humana, acentúan otros que la palabra del habla es de origen divino. De acuerdo al comienzo del prólogo del Evangelio de Juan en el principio era la palabra en Dios. Pero no solamente se busca liberar de las cadenas lógico-racionales la explicación

de la pregunta por el origen sino también superar las barreras de la descripción exclusivamente lógica del habla. En lugar de la exclusiva caracterización del significado de las palabras como conceptos, se pone en primer plano el carácter de imagen y símbolo del habla. Así se esfuerza la biología y la antropología filosófica, la sociología y la psicopatología, la teología y la poética por describir y explica de manera más completa los fenómenos lingüísticos.

Con ello son referidos previamente todos los enunciados a la desde siempre determinante manera de aparición del habla. Así se asegura la previamente establecida apreciación sobre la esencia total del habla. De allí resulta que la representación lógico-gramatical, filosófico-lingüística y científico-lingüística del habla se ha mantenido invariable desde hace dos milenios y medio a pesar de que los conocimientos sobre el lenguaje se han incrementado continuamente y han cambiado. Se podría inclusive presentar ese hecho como una prueba de la incombustible corrección de las representaciones dominantes del habla. Nadie osaría considerar incorrecta o inclusive rechazar como inútil la caracterización del habla como expresión sonora de sentimientos íntimos, como actividad humana, como un exponer simbólico y conceptual. La consideración citada del habla es correcta ya que se rige por lo que una investigación de los fenómenos lingüísticos en cualquier momento puede constatar. En el ámbito de esa corrección se mueven también todas las *preguntas* que acompañan el describir y aclarar los fenómenos lingüísticos.

Muy poco, sin duda, meditamos en el extraño rol de esas correctas representaciones del habla. Mantienen su dominio por doquier, como si fueran incombustibles, sobre el campo de las distintas maneras de considerar científicamente el habla. Ellas se remiten a una antigua tradición. Sin embargo no atienden a la más remota caracterización esencial del habla. Así jamás conducen, a pesar de su antigüedad y a pesar de su inteligibilidad, al habla en tanto habla.

El habla habla. ¿Qué sucede con su hablar? ¿Dónde lo encontramos? Por supuesto antes que nada en lo hablado. Ahí se ha realizado el hablar. En lo hablado no acaba el hablar. En lo hablado queda protegido el hablar. En lo hablado congrega el hablar la manera como ella persiste y lo que a partir de ella persiste, su persistir, su esencia. Pero sobre todo y demasiado frecuentemente nos hace frente lo hablado sólo como lo pasado de un hablar.

Si por eso debemos buscar el hablar del habla en lo hablado, haremos bien, en lugar de aferrarnos sin escoger a cualquier hablado, encontrar un hablado puro. Hablado puro es aquel en el que la plenitud del hablar, que es lo propio de lo hablado,

por su parte es un hablado primigenio. Lo hablado puro es el poema. Debemos dejar por el momento esta frase como una afirmación desnuda. Podríamos hacer eso si oímos, en el caso de que lo logremos, lo hablado puro en un poema. Pero, ¿qué poema debe hablarnos? Aquí sólo nos queda una elección que, sin embargo, está protegida de lo simplemente arbitrario. ¿Cómo? A través de aquello que ya nos ha sido dado a la meditación como el desplegarse de la presencia del habla, en el caso de que reflexionemos sobre el hablar *del habla*. Siguiendo ese vínculo escogemos como lo puro hablado un poema que antes que otro nos puede ayudar en los primeros pasos a experimentar lo vinculante de todo vínculo. Oímos lo hablado. El poema tiene el título:

UN ANOCHECER INVERNAL

Cuando cae la nieve en la ventana,
tañe largamente la campana del anochecer,
la mesa está preparada para muchos
y provista la casa de todo.

Más de uno en su peregrinar
llega a la puerta desde oscuras sendas.
Aureo florece el árbol de las gracias
a través de la fresca savia de la tierra.

Peregrino entra apaciblemente;
Dolor petrificó el umbral.
Allí resplandece en pura claridad
sobre la mesa el pan y el vino.

Los dos últimos versos de la segunda estrofa y la tercera estrofa aparecen así en la primera versión (Carta a Karl Kraus del 13.12.1913):

Su herida plena de gracias
cuida la dulce fuerza del amor.

¡Oh! simple tormento del hombre.
El que mudo ha luchado con ángeles
anhela, vencido por sagrado dolor,
silencioso tras el pan y el vino de Dios.

(Cf. la nueva edición suiza de las poesías de G. Trakl al cuidado de Kurt Horwitz, 1946).
Este poema lo compuso Georg Trakl. Que él sea el poeta no

es importante aquí, como en el caso de todo poema plenamente logrado. Lo plenamente logrado radica inclusive en que pueda negar la persona y nombre del poeta.

El poema está formado por tres estrofas. Su metro y tipo de rima se pueden determinar con exactitud, según el esquema de la métrica y la poética. El contenido del poema es comprensible. No hay ninguna palabra que tomada por sí misma sea desconocida u oscura. Sin duda, algunos versos suenan extrañamente, como los versos tercero y cuarto de la segunda estrofa:

Aureo florece el árbol de las gracias
a través de la fresca savia de la tierra.

Igualmente, sorprende el segundo verso de la tercera estrofa:
Dolor petrificó el umbral.

Pero los versos aquí señalados muestran también una especial belleza de las imágenes empleadas. Esa hermosura realza el encanto del poema y fortalece la plenitud estética de la creación artística.

El poema describe un anochecer invernal. La primera estrofa muestra lo que sucede afuera: caída de la nieve y tañer de la campana del anochecer. Las cosas de fuera tocan las cosas interiores de la morada humana. La nieve cae en la ventana. La campana suena en el interior de cada casa. Adentro todo está bien provisto y la mesa preparada.

La segunda estrofa hace surgir un contraste. Frente a los muchos, que están confortablemente en casa y a la mesa, algunos peregrinan huérfanos en sendas oscuras. Y, sin embargo, esas sendas—tal vez perniciosas—conducen a veces a la puerta de la casa acogedora. Esto con seguridad no es presentado explícitamente. En lugar de eso nombra el poema al árbol de las gracias.

La tercera estrofa invita al peregrino a entrar de la oscuridad de afuera a la claridad interior. Las casas de los muchos y las mesas de sus cenas cotidianas han devenido en la casa de Dios y en la mesa del altar.

El contenido del poema puede analizarse más detalladamente, su forma puede delimitarse más exactamente; sin embargo, con esa actitud nos quedamos confinados en general en la representación del habla que domina desde hace milenios. Según ella es el habla la expresión, llevada a cabo por el hombre, de sentimientos y de la visión del mundo que los rige. ¿Se puede romper el hechizo de esa representación del habla? ¿Por qué debe ser rota? El habla no es en su esencia ni expresión ni una actividad del hombre. El habla habla. Ahora buscamos el hablar del habla en el poema. De

acuerdo a eso lo que buscamos está en lo poético de lo hablado.

El título del poema es "Un anochecer invernal." Esperamos de él la descripción de un anochecer invernal tal como éste es en realidad. Pero el poema no nos representa un anochecer invernal presente en un lugar y tiempo determinados. No describe un anochecer invernal ya presente ni quiere darle a un anochecer invernal ausente la apariencia de uno presente y crear esa impresión. Por supuesto que no, se dirá. Todo el mundo sabe que un poema es poesía. Poetiza inclusive allí donde parece describir. Poéticamente el poeta se imagina algo que puede ser presente en su presencia. El poema, como lo poetizado, evoca en nuestro representar lo que ha sido así imaginado. En el hablar del poema se manifiesta la imaginación poética. Lo hablado del poema es lo que el poeta enuncia a partir de sí mismo. Lo así manifestado habla en la medida en que manifiesta su contenido. El habla del poema es un manifestar múltiple. El habla se muestra indiscutiblemente como expresión. Pero lo ahora comprobado se contrapone a la frase: el habla habla, presuponiendo que el habla en su esencia no es un expresar.

Aunque comprendamos desde lo poético lo hablado del poema, se nos presenta lo hablado como bajo una restricción, como si fuera siempre y únicamente un manifestar explícito. Habla es expresión. ¿Por qué no nos sometemos a este hecho? Porque lo correcto y lo frecuente de esa representación del habla no es suficiente para fundar sobre ella la aclaración de su esencia. ¿Cómo medimos lo insuficiente? Para poder efectuar esa medición, ¿no nos debe atar otro patrón? Sin duda. Se anuncia en la frase: el habla habla. Hasta aquí debía esa frase directriz sólo y en primer lugar protegernos de la tenaz costumbre de pensar el habla, no desde ella misma, sino deslizándola entre los fenómenos de la expresión. El mencionado poema ha sido elegido por eso, porque de una manera no susceptible de ser ulteriormente explicada, anuncia la aptitud de proporcionar algunas fecundas indicaciones a nuestro intento de aclarar el habla.

El habla *habla*. Esto significa al mismo tiempo y en primer lugar: el *habla* habla. ¿El Habla? ¿Y no el hombre? ¿No es más enojoso lo que ahora nos exige nuestra frase directriz? ¿Queremos también negar que el hombre sea ese ser que habla? De ninguna manera. Negamos eso tan poco como negamos la posibilidad de clasificar los fenómenos lingüísticos bajo el título de "expresión". Sin embargo, preguntamos: ¿en qué medida habla el hombre? Preguntamos: ¿Qué es hablar?

Cuando cae la nieve en la ventana,
tañe largamente la campana del anochecer,

Este hablar nombra la nieve que tarde en el día que acaba, mientras tañe la campana del anochecer, golpea silenciosa en la ventana. En ese caer de copos todo lo que dura, dura más largamente. De allí que la campana del anochecer, que cotidianamente suena en su tiempo estrictamente limitado, tañe largamente. El hablar nombra el tiempo del anochecer invernal. ¿Qué es ese nombrar? Adorna simplemente con las palabras de una lengua los objetos y sucesos conocidos y representables: nieve, campana, ventana, caer, tañer? No. El nombrar no reparte títulos, no emplea palabras sino llama en la palabra. El nombrar llama. El llamar acerca más a lo por él llamado. Sin embargo este acercamiento no crea lo llamado para situarlo en el más cercano ámbito de lo presente y allí preservarlo. El llamado por cierto llama hacia acá. Así trae a una proximidad la presencia de lo previamente no llamado. Pero en la medida en que el llamado llama hacia acá ya ha llamado a lo por él llamado. ¿Hacia adónde? En la lejanía, en la que lo llamado permanece como lo aún ausente.

El llamar hacia acá llama hacia una proximidad. Pero el llamado no arrebata, sin embargo, lo llamado de la lejanía en la cual se mantiene por el llamar hacia allá.

El llamar llama en sí y por eso siempre hacia acá y hacia allá; acá: hacia la presencia; allá: hacia la ausencia. Caída de la nieve y tañer de la campana del anochecer nos están hablando aquí y ahora en el poema. Vienen a la presencia en el llamado. Sin embargo, no pueden contarse entre las cosas presentes aquí y ahora en la sala. ¿Qué presencia es la más alta, aquella de lo que está aquí delante o aquella de lo llamado?

la mesa está preparada para muchos
y provista la casa de todo.

Los dos versos hablan como enunciados, como si constatasen cosas presentes. El "está" decisivo suena así. Sin embargo habla llamado. Los versos traen la mesa preparada y la casa provista de todo a aquella presencia que es mantenida frente a la ausencia.

¿Qué llama la primera estrofa? Llama cosas, las ordena venir. ¿Hacia dónde? No como presentes entre lo que está presente, no ordena venir a la mesa nombrada en el poema a que esté presente aquí entre las filas de sillas ocupadas por ustedes. El lugar de llegada de lo convocado en el llamado es una presencia oculta en la ausencia. A tal llegada ordena venir el llamado nominador. El ordenar venir es invitar. Invita las cosas para que en tanto cosas conciernan a los hombres. La caída de la nieve lleva a los hombres bajo el cielo crepuscular que apunta a la noche. El tañer de la campana del anochecer los lleva como mortales frente a lo divino. Casa

y mesa unen a los mortales a la tierra. Los cosas mencionadas reúnen, por tanto llaman, en sí, cielo y tierra, los mortales y los divinos. Los cuatro son un mutuo corresponder en una unidad originaria. Las cosas dejan la cuadratura de los cuatro, morar cerca de ellas. Este dejar morar que reúne es el desplegarse de las cosas en tanto cosas⁽⁴⁾. A la unitaria cuadratura de cielo, tierra, mortales y divinos que mora en el desplegarse de las cosas en tanto cosas, la llamamos: mundo. En el nombrar están las mencionadas cosas llamadas en su desplegarse en tantas cosas. Las cosas desplegándose en tantas cosas despliegan mundo en el cual ellas moran y así son en cada caso las moradoras. Las cosas al desplegarse en tanto cosas aportan mundo. Nuestra vieja lengua denomina el aportar: bern, bären, de allí las palabras "gebären" (parir) y Gebärde (gesto). Desplegándose en tanto cosas son cosas las cosas. Desplegándose las cosas en tanto cosas ponen la figura del mundo.

La primera estrofa llama a las cosas en su desplegarse en tanto cosas, las ordena venir. El ordenar venir que llama a las cosas las llama hacia acá, las invita y llama al mismo tiempo a las cosas hacia allá, las encomienda al mundo desde el cual ellas surgen. Por eso no nombra la primera estrofa simplemente cosas. Nombra al mismo tiempo mundo. Llama a los "muchos" que como mortales pertenecen a la cuadratura del mundo. Las cosas proveen de cosas a los mortales.

Esto significa ahora: las cosas visitan, cada una a su tiempo, a los mortales propiamente con un mundo. La primera estrofa habla, en la medida en que ordena venir las cosas.

La segunda estrofa habla de otra manera que la primera. Con seguridad ordena también venir. Pero su llamado comienza llamando y nombrando a los mortales:

Más de uno en su peregrinar...

Ni todos los mortales son llamados, ni los muchos sino "más de uno"; aquellos que transitan oscuras sendas. Estos mortales pueden soportar el morir en tanto peregrinar hacia la muerte. En la muerte se reúne el más alto ocultamiento del Ser. La muerte ha sobrepasado ya todo morir. Aquellos "en su peregrinar" deben transitar primero por lo oscuro de sus sendas para lograr casa y mesa, no solamente y ni siquiera para sí mismos sino para los muchos; pues éstos creen que instalándose simplemente en casas y sentándose a las mesas han sido provistos por las cosas y logrado llegar al habitat.

La segunda estrofa comienza llamando a más de uno de los mortales. A pesar de que los mortales pertenecen con los divinos, con la tierra y el cielo a la cuadratura, no llaman los dos primeros

versos de la segunda estrofa propiamente al mundo. Más bien nombran casi como la primera estrofa pero en otra secuencia, al mismo tiempo las cosas: la puerta, las oscuras sendas. Recién los otros dos versos de la segunda estrofa llaman propiamente al mundo. Súbitamente nombran algo totalmente distinto:

Aureo florece el árbol de las gracias
a través de la fresca savia de la tierra.

El árbol echa sus raíces sólidamente en la tierra. Así sólidamente crece en el florecer que se abre a la bendición del cielo. El elevarse del árbol es llamado. Mide sobre todo el éxtasis del florecer y la sobriedad de las savias nutricias. El retenido crecimiento de la tierra y los dones del cielo se pertenecen mutuamente. El poema nombra el árbol de las gracias. Su firme florecer alberga el inmerecido fruto que cae: lo sagrado salvador, que es beneficioso para los mortales. En el aureo árbol floreciente imperan tierra y cielo, los divinos y los mortales. Su cuadratura unificante es el mundo. La palabra "mundo" ya no es aquí usada en el sentido metafísico. No nombra ni el universo de la naturaleza e historia representado secularmente, ni nombra la creación (*mundus*) representada teológicamente, ni tampoco nombra solamente el todo de lo presente (*kosmos*).

El tercero y cuarto verso de la segunda estrofa llaman al árbol de las gracias. Ordenan venir propiamente al mundo. Llaman hacia acá a la cuadratura—mundo y así llaman mundo hacia las cosas.

Los versos comienzan con la palabra "áureo". Para que oigamos con más claridad esta palabra y lo por ella nombrado, recordemos un poema de Píndaro (*Istmicas*, V). El poeta nombra al comienzo de esa oda al oro periósion pánton, lo que a todo, pánta, a cada presente del entorno, sobre todo atraviesa con su resplandor. El resplandor del oro cobija todo presente en lo desoculto de su aparecer.

Como el llamar, que nombra las cosas, llama hacia acá y hacia allá, así llama el decir que nombra al mundo, en sí acá y allá. Confía mundo a las cosas y cobija al mismo tiempo las cosas en el resplandor de mundo. Este otorga a las cosas su presencia. Las cosas llevan mundo. Mundo otorga las cosas.

El hablar de las dos primeras estrofas habla al ordenar venir cosas para el mundo y mundo para las cosas. Las dos maneras de ordenar venir son diferentes mas no separadas. Tampoco están sólo unidas mutuamente. Pues mundo y cosas no subsisten el uno junto al otro. Se penetran mutuamente. Así miden los dos un medio. En él están unidos. En tanto unidos son íntimos. El medio de los dos es la intimidad. El medio de dos lo llama nuestra lengua alemana

das Zwischen, es decir el entre. En latín se dice *inter*. A él corresponde el alemán "unter" (entre). La intimidad de mundo y cosa no es una mezcla. La intimidad impera sólo cuando lo íntimo, mundo y cosa se distingue puramente y se mantiene distinguido. En medio de los dos, en el entre de mundo y cosa, en su *inter*, en este entre impera lo separado⁽⁵⁾.

La intimidad de mundo y cosa viene a la presencia en lo separado del entre, viene a la presencia en la diferencia⁽⁶⁾. La palabra diferencia queda ahora despojada de su uso cotidiano y habitual. Lo que la palabra "la diferencia" nombra ahora no es un concepto genérico para muchos tipos de diferencias. La ahora nombrada diferencia es sólo una en tanto tal. Es única. La diferencia, mantiene separado el medio a partir de ella misma en el cual y a través del cual mundo y cosas están mutuamente unidos. La intimidad de la diferencia es lo unificante de la Diaphorá — del soportar que reparte a través. La diferencia lleva a cabo mundo en su desplegarse en tanto mundo, lleva a cabo las cosas en su desplegarse en tanto cosas. Por tanto soportando lleva el uno hacia el otro. La diferencia no mediatisa después del hecho, atando mundo y cosas a través de un medio añadido a ellos. La diferencia en tanto medio lleva unificando propiamente mundo y cosas a su esencia, es decir, en su copertenencia, cuya unidad ella soporta.

La palabra "diferencia" de acuerdo a esto no significa ya distinción, la cual solamente se establece entre objetos mediante nuestro representar. La diferencia tampoco es una simple relación que habría entre mundo y cosas de tal manera que un representar al encontrarla pueda constatar. La diferencia no se abstrae de mundo y cosa después del hecho como siendo su relación. La diferencia para mundo y cosas *apropia* cosas en el desplegar en gestos de mundo, *apropia* mundo en el otorgar de cosas.

La diferencia no es ni distinción ni relación. La diferencia es en grado sumo, dimensión para mundo y cosa. Pero en este grado sumo "dimensión" no significa ya un ámbito preexistente para sí, en el cual esto o aquello se asienta. La diferencia es la dimensión en tanto ella mide mundo y cosa en lo que les es propio.

Su medir abre ante todo la separación y reunión de mundo y cosa. Tal abrir es la manera según la cual aquí la diferencia entre ambos se mide. La diferencia mide, como el medio para mundo y cosas, la magnitud de su esencia. En el ordenar venir que llama cosa y mundo, está lo propiamente ordenado venir: la diferencia.

La primera estrofa del poema ordena venir a las cosas las cuales como cosas que se despliegan en tanto cosas otorgan figura a un mundo. La segunda estrofa ordena venir al mundo el cual como mundo que se despliega en tanto mundo concede cosas. La tercera

estrofa ordena venir al medio para mundo y cosa: el portar de la intimidad. Por eso la tercera estrofa comienza con un llamar acentuado:

Peregrino entra apaciblemente;

¿A dónde? El verso no lo dice pero llama en la paz⁽⁷⁾ al peregrino que entra. Es la paz la que administra la puerta. Súbita y extrañamente suena el llamado.

Dolor petrificó el umbral.

Este verso habla solitariamente en lo hablado en todo el poema. Nombra el dolor. ¿Cuál? El verso sólo dice: "dolor..." ¿De dónde y hasta qué punto es llamado el dolor?

Dolor petrificó el umbral.

".... petrificó" Esta es la única palabra en el poema que habla en la forma verbal del pasado. A pesar de eso no nombra un pasado, lo que ya no está presente. Nombra siendo aquello ya sido. En lo sido del petrificar viene a la presencia sobre todo el umbral.

El umbral es la viga fundamental que soporta la totalidad de la puerta. Mantiene el medio en el cual, los dos, el fuera y el dentro se penetran mutuamente. El umbral soporta el entre. En su confiabilidad se junta lo que en el entre entra y sale. La confiabilidad del medio no debe ceder hacia ningún lado. El soporte del entre necesita lo permanente y en ese sentido es duro. El umbral es duro en tanto soportar del entre, porque el dolor lo ha petrificado. Pero el dolor devenido piedra no se ha petrificado en el umbral para congelarse en él. El dolor viene a la presencia en el umbral durando como dolor.

Pero, ¿qué es el dolor? El dolor desgarra. Es el desgarramiento. Sólo que no desgarra en pedazos dispersos. Ciertamente el dolor desgarra apartando, separa, sin embargo, de tal manera que al mismo tiempo todo lo convoca a sí, lo reúne en sí. Su desgarrar es, en tanto separar que reúne, al mismo tiempo aquel traer que como plan o esquema diseña y junta lo que en lo separado se mantiene apartado. El dolor es lo que junta en el desgarrar que separa y reúne. El dolor es la juntura del desgarramiento. Ella es el umbral. Ella soporta el entre, el medio de los dos que están en ella separados. El dolor junta el desgarramiento de la diferencia. El dolor es la diferencia misma.

Dolor petrificó el umbral.

El verso llama a la diferencia; pero ni la piensa propiamente ni nombra con ese nombre su esencia. El verso llama lo separado del entre, el medio unificador, en cuya intimidad el comportar de las cosas y la gracia del mundo se miden mutuamente.

¿Sería entonces la intimidad de la diferencia para mundo y cosa el dolor? Sin duda. Pero no debemos representarnos el dolor antropológicamente como sensación que nos hace sufrir. Tampoco debemos representarnos la intimidad psicológicamente, como aquello en lo cual anida la sensibilidad.

Dolor petrificó el umbral.

El dolor ha juntado ya el umbral en su soportar. La diferencia viene a la presencia como lo sido de donde se apropia el soporte de mundo y cosa. ¿Cómo?

Allí resplandece en pura claridad
sobre la mesa el pan y el vino.

¿Dónde resplandece la pura claridad? Sobre el umbral, en el soporte del dolor. El desgarramiento de la diferencia deja resplandecer la pura claridad. Su luminoso juntar decide la claridad del mundo en lo que a éste es propio. El desgarramiento de la diferencia libera al mundo en su desplazarse en tanto mundo que otorga cosas. A través de la claridad del mundo en su áureo resplandor llegan al mismo tiempo el pan y el vino a su resplandecer. Las nobles cosas nombradas brillan en la simplicidad de su devenir cosas. Pan y vino son los frutos del cielo y de la tierra, obsequios de los divinos a los mortales. Pan y vino reúnen en sí estos cuatro a partir de la simplicidad de la cuadripartición. Las cosas convocadas, pan y vino, son las más sencillas porque su comportar un mundo se realiza inmediatamente por la gracia del mundo. Aquellas cosas tienen su suficiencia en que dejan morar en ellas a la cuadratura del mundo. La pura claridad del mundo y el simple resplandor de las cosas miden de un extremo al otro su entre, la diferencia.

La tercera estrofa llama mundo y cosas en el medio de su intimidad. La juntura de su co-pertenecer es el dolor.

Sólo la tercera estrofa reúne la orden de las cosas y la orden del mundo. Pues la tercera estrofa llama originariamente a partir de la unidad simple del íntimo mandato, el cual llama a la diferencia en tanto la deja inablada. El llamar originario que ordena venir a la intimidad de mundo y cosa, es el auténtico mandato. Este mandato es la esencia del hablar. En lo hablado del poema

viene a la presencia el hablar. Es el hablar del habla. El Habla habla. Habla al ordenar venir a lo ordenado cosa-mundo y mundo-cosa, en el entre de la diferencia. Lo que es así ordenado es recomendado para la llegada que viene de la diferencia y llega en ella. Aquí pensamos en el antiguo significado de Befehlen que todavía conocemos por la frase: "Befiehl dem Herren deine Wege" ("Encienda tus caminos al señor"). El mandato del habla encomienda de tal manera lo por él ordenado venir a lo ordenado venir de la diferencia. La diferencia deja reposar el desplegar de las cosas en tanto cosas en el desplegar del mundo en tanto mundo⁽⁸⁾. La diferencia libera la cosa en el reposo de la cuadratura. Tal liberar no arrebata nada a la cosa. Destaca la cosa en lo que le es propio: que haga permanecer mundo. Acoger en el reposo es el apaciguar. La diferencia apacigua la cosa como cosa en el mundo.

Tal apaciguar acontece sólo en la manera en que la cuadratura del mundo, al mismo tiempo cumple el gesto de la cosa al otorgar el apaciguar satisfacción a la cosa para que permanezca mundo. La diferencia apacigua doblemente. Apacigua al dejar reposar las cosas en la gracia del mundo. Apacigua al hacer que el mundo se satisfaga en la cosa. En el doble apaciguar de la diferencia acontece: la paz.

¿Qué es la paz? De ninguna manera es sólo lo silencioso. En él persiste únicamente la falta de agitación del sonido y del ruido. Pero la falta de agitación no está limitada ni a la resonancia del ruido en tanto supresión del mismo, ni tampoco es la falta de agitación ella misma lo auténticamente reposante. La falta de agitación permanece siempre en cierto modo sólo el reverso de lo reposante. Pero el reposo tiene su esencia en que apacigua. Como el apaciguar de la paz es el reposo, pensado estrictamente, siempre más móvil que todo movimiento y siempre más agitado que toda agitación.

Doblemente sobre todo apacigua la diferencia: las cosas en su despliegue de cosas en tanto cosas y el mundo en su despliegue de mundo en tanto mundo. Cosa y mundo así apaciguados jamás escapan a la diferencia. Más bien ellos la salvan en el apaciguar donde la diferencia es ella misma la paz.

Apaciguando cosas y mundo en lo que les es propio, llama la diferencia mundo y cosa en el medio de su intimidad. La diferencia es lo que ordena venir. La diferencia a partir de ella misma, reúne los dos al llamarlos al desgarramiento que es ella misma. El llamar que reúne es el tañer. Allí sucede otra cosa que el simple causar y el simple propagar un sonido.

Cuando la diferencia reúne mundo y cosas en la simple unidad del dolor de la intimidad, ordena venir a los dos en su esencia. La diferencia es lo ordenado venir a partir del cual solamente

el ordenar venir mismo es llamado para que todo pertenezca a lo ordenado venir. Lo ordenado venir de la diferencia ha reunido ya en sí siempre todo ordenar venir. El llamar reunido en sí que en el llamar une para sí, es el tañer como lo sonoro.

El llamar de la diferencia es el doble apaciguar. El ordenar venir que reúne, lo ordenado venir en el cual la diferencia llama mundo y cosas, es lo sonoro de la paz. El habla habla en la medida en que lo ordenado venir de la diferencia mundo y cosas llama en la unidad simple de su intimidad.

El habla habla como lo sonoro de la paz. La paz apacigua cuando ella soporta mundo y cosas en su esencia. El soportar de mundo y cosa en el modo del apaciguar es la apropiación⁽⁹⁾ de la diferencia. El habla, lo sonoro de la paz, es en la medida en que la diferencia se da. El habla despliega su presencia como la diferencia dándose para mundo y cosas.

Lo sonoro de la paz no es algo humano. Bien al contrario, es lo humano en su esencia hablante. La palabra ahora nombrada "hablante" significa aquí: teniendo lugar a partir del hablar del habla. Lo así acontecido, el ser humano, es llevado a través del hablar a lo que le es propio que es que quede confiado a la esencia del habla, a lo sonoro de la paz. Tal acontecer se da en la medida en que la *esencia* del habla, lo sonoro de la paz, *necesita* el habla de los mortales para resonar como lo sonoro de la paz para el escuchar de los mortales. Sólo en la medida en que los hombres pertenecen a lo sonoro de la paz son capaces los mortales a su manera de hablar con sonidos.

El hablar de los mortales es llamar que nombra, ordenar-venir a cosa y mundo a partir de la unidad simple de la diferencia. Lo puro ordenado venir del hablar mortal es lo hablado del poema. Auténtica poesía no es jamás únicamente una elevada manera (Melos) del habla cotidiana. Al contrario, es más bien el decir cotidiano un olvidado y por eso usado poema del cual apenas si resuena un llamar.

Lo contrario de lo puro hablado, del poema, no es la prosa. La prosa pura no es jamás "prosaica". Es tan poética y por eso tan rara como la poesía.

Si se fija la atención exclusivamente en el hablar humano, si se le toma únicamente como la exteriorización sonora del interior en el hombre, si se tiene al hablar así representado por el habla misma, entonces puede aparecer la esencia del habla siempre sólo como expresión y actividad del hombre. Pero el hablar humano como hablar de los mortales no descansa en sí. El hablar de los mortales reposa en la relación al hablar del habla.

En el momento adecuado será inevitable reflexionar sobre có-

mo es que en el hablar del hablar en tanto lo sonoro de la paz de la diferencia se da el hablar mortal y su expresión sonora. En el expresar, sea este discurso o escrito, se rompe la paz. ¿En qué se rompe lo sonoro de la paz? ¿Cómo llega la paz en tanto rota al sonar de la palabra? ¿Cómo marca la paz rota el discurso mortal que resuena en versos y frases?

Suponiendo que el pensar tenga éxito algún día en contestar estas preguntas, debe sin embargo precaverse de considerar la expresión sonora y menos aún la expresión como el elemento determinante del hablar humano.

Lo juntado del hablar humano sólo puede ser la manera (Me-los) en la cual el hablar del habla, lo sonoro de la paz de la diferencia apropia a los mortales a través de lo ordenado venir de la diferencia.

La manera según la cual los mortales, llamados desde la diferencia y hacia ella, por su parte hablan es: el corresponder^(1º).

El habla mortal tiene antes que nada que haber escuchado a lo ordenado venir en la forma en la cual la paz de la diferencia llama mundo y cosas en el desgarramiento de su unidad simple. Cada palabra de hablar mortal habla a partir de tal escucha y como tal.

Los mortales hablan en tanto ellos escuchan. Prestan atención al llamado ordenador venir de la paz de la diferencia incluso cuando no la conocen. El escuchar toma al mandato de la diferencia lo que lleva a la palabra sonora. El habla que escucha y toma es co-responder.

En la medida sin embargo, en que el hablar mortal toma su hablado al mandato de la diferencia, sigue ya a su manera el llamado. El corresponder es en tanto tomar que escuchar al mismo tiempo responder que reconoce. Los mortales hablan en la medida en que corresponden al habla de dos maneras: tomando – respondiendo. La palabra mortal habla al corresponder en un sentido múltiple.

Cada auténtico escuchar retiene su propio decir. Pues el escuchar se retrae en el pertenecer a través del cual permanece unido propiamente a lo sonoro de la paz. Todo corresponder está determinado por el retraerse que mantiene. Por eso tal retraerse debe consistir en estar preparado, escuchando, al mandato de la diferencia. El retraer debe sin embargo prestar atención no solamente a escuchar lo sonoro de la paz sino inclusive anticiparse a ese escuchar y así preceder su mandato.

El anticipar en el retramiento determina la manera según la cual los mortales corresponden a la diferencia. De esa manera habitan los mortales en el hablar del habla.

El habla habla. Su hablar ordena venir a la diferencia que libera mundo y cosas a lo simple de su intimidad.

El habla habla.

El hombre habla al corresponder al habla. El corresponder es escuchar. Escucha en la medida en que pertenece al mandato de la paz.

En absoluto se trata de presentar una nueva visión del habla. Todo reposa en aprender el habitar en el hablar del habla. Para eso es necesario el examen permanente de si podemos y hasta qué punto podemos con lo auténtico del corresponder: el anticipar en el retramiento. Pues:

El hombre habla sólo en la medida en que corresponde al habla.

El habla habla.

Su hablar habla para nosotros en lo hablado:

UN ANOCHECER INVERNAL

Cuando cae la nieve en la ventana,
tañe largamente la campana del anochecer,
la mesa está preparada para muchos
y provista la casa de todo.

Más de uno en su peregrinar
llega a la puerta desde oscuras sendas.
Aureo florece el árbol de las gracias
a través de la fresca savia de la tierra.

Peregrino entra apaciblemente;
Dolor petrificó el umbral.
Allí resplandece en pura claridad
sobre la mesa el pan y el vino.

Traducción del alemán por Federico Camino

NOTAS

- (1) Ereignis.
- (2) Wesen.
- (3) ereignet.
- (4) das Dingen der Dinge.
- (5) in diesem Unter – waltet der Schied.
- (6) Unter – Schied.
- (7) Stille
- (8) Welten der Welt.
- (9) das Ereignis.
- (10) das Entsprechen.